

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 6 de Enero de 1898

Núm. 372



Overtura, ó apertura  
ó principio de sesión,  
y sigue abriendo las páginas  
que te gustarán, lector.

*(Prohibida la reproducción)*

## Burlas y veras

DE SANCHO Á CLAK

No sé qué opinión tendrás de las mujeres; entiende bien: hablo de las mujeres tal y cómo las pintan los escritores de allende los pirineos, que son, al decir de los eruditos, quienes mejor las han retratado.

Opino que las mujeres no tienen que emanciparse, porque sobradamente están emancipadas, desde que nuestra primera madre Eva indujo á su esposo á comer de la fruta prohibida. Créete que lo de la emancipación es un hecho en estos momentos críticos y *consustanciales*, como dice un gacetillero chirle, á quien leo con frecuencia.

Es cosa sabida que las mujeres, antes de la emancipación, ocupábanse únicamente en las faenas domésticas, ¡qué dicha! Pero ahora, horripila pensar que un hombre ha de tomar estado, y puede caberle en suerte una de esas mujeres á la moderna, de las que montan en bicicleta, conocen el francés, el ruso y el sánscrito, ó asisten á las aulas universitarias para calzarse un título de *licenciada* en derecho, medicina ó ciencias exactas.

Más de una vez se me ha ocurrido pensar cómo demonios puede componérselas un ciudadano pacífico que tenga la desgracia de *cargar* con una de esas mujeres *emancipadas*.

Me imagino el cuadro que presentará la casa en que gobierna una de las supradichas damas. Los chiquillos llorando á grito pelado; la comida sin hacer, el salón convertido en un puesto del baratillo de los *Encantes* ó del *Rastro*, mientras la mujer estudia á Spencer, á Hegel ó á Schopenhauer, ó controvierte en los salones de un Ateneo á los partidarios de las escuelas reformadoras.

¡Qué quieres! Podrá ser muy santa, muy conveniente, muy justa la emancipación de la mujer; pero si me caso prefiero una esposa *chapada* á la antigua, de las que van al mercado por evitar las sisas de las criadas, y hacen verdaderos primores en los zurcidos y remiendos de ropa blanca.

Esta es mi única aspiración.

DE CLAK Á SANCHO

Respeto tu opinión, y digo que es razonable y sana; admirarán no pocos el buen sentido que resplandece en ella, y no extrañaré que la elogien; pero que las cosas andan en otra derechura y te apartas de tu época, te



(Prohibida la reproducción)



¡Delicioso!

(Prohibida la reproducción)



De regreso

los *sabios*: que la filología consideraba la voz *hombre* como un vocablo común al macho y á la hembra.

Y exclamó la hembra: «tan hombre como el macho soy».

Pero alcanzada esta victoria, quiso dar otro paso, el grande, y dijo: «soy tan macho como el macho.» Y lo será. ¡Vaya si lo será! Ya monta en bicicleta, fuma, figura en los partidos de carambolas, *viste pantalones, et sic de cæteris*.

Sí, señor, *et sic de cæteris*, porque la variedad de sus aptitudes *masculinas* es infinita. Ya ves, Sancho; Carolina Coronado y Emilia Pardo Bazán han defendido su derecho á ser académicas, y las «señoritas toreras» se han puesto delante del toro.

¿Sabes en qué pararán estas misas? En que nosotros seremos hembras. Sinó, dime: ¿no hay ya sastres que hacen pantalones para que se los pongan las mujeres?

Por eso yo abrazo el partido de la hembra. Sólo que tengo tanto sentido como tú, que te llamas Sancho, y no soy feminista; no hago más que ponerme al corriente de los adelantos: ir con mi tiempo.

Te juro que las hembras vencen, pero yo les disputo aún mi puesto.

Nada más; al fin y al cabo no tengo culpa de la torpeza de mis tatarabuelos... ni de que haya Catalinas en todas las Academias de la Lengua.

quedas atrás, con tus abuelos. ¡Ay, Sancho, qué lástima! ¡Cómo malogras la juventud!

Declárote que me tiene encantado la mujer por el ingenio y la travesura con que nos va arrancado á los hombres nuestras conquistas. ¿Tú crees que Sagasta no acabará por declararlas autónomas, y adicionarlas un artículo en la Constitución?

Lo porvenir es de *ella*; y no así como así, á humo de pajas. Los hombres empezaron por declararla *cosa*, y no parará la mujer hasta que resuelva solemnemente, en cualquier concilio, que somos de la misma condición del asno. ¿No has visto tú, que eres filósofo, repasando la historia, que los esclavos se levantan siempre contra sus señores, y que los tiranos tienen, á la larga ó á la corta, su castigo? Nosotros cometimos el disparate de esclavizar á la mujer, y la mujer vió con su ingénita malicia, que si ella era esclava del *amo*, nosotros gemíamos en esclavitud más ominosa: en la esclavitud de las pasiones. Entabló la partida en los tiempos prehistóricos, y nos la gana ahora, no lo dudes, Sancho. Se acercan los tiempos del *Apocalipsis* de la hembra.

Los síntomas son claros, evidentes. ¡Digo, si lo son! Fíjate, y verás si van progresando las hijas del demonio. (Desde la revolución francesa acá ha adelantado mucho la filosofía, y ya es indudable hasta para los poetas, los últimos que se enteran de estas cosas, que no hay más diablo que el hombre. ¡Un pobre diablo!) Primero se educaron, recurrieron al libro, y fácil les fué descubrir esta torpeza de



¡Si volviesen aquellos tiempos...!



¡Un toro! ¡Sálvese quien pueda!

*(Prohibida la reproducción)*



## El cigarrillo

I

¡Fumemos! La existencia  
resulta un cigarrillo;  
la gloria sólo es brillo  
que el alma vislumbró.  
Amores, inocencia,  
todo el pesar lo arranca,  
todo es ceniza blanca  
que el viento dispersó...



II

Rosadas ilusiones  
retornan á mi mente...  
¡Qué goce más ardiente!  
¡Qué dulce languidez!  
¡Qué mágicas visiones  
en el espacio veo!  
¡Dios mío, qué mareo!  
¡Fumemos otra vez!



III

Pasiones de otros días...  
Promesas olvidadas...  
¡Figuras adoradas  
que danzan ante mí!  
¡Lucientes fantasías!  
¡Cadencia misteriosa!  
¡Qué *chispa* tan hermosa!  
¡Qué bien estoy así!

CLETO.

(Prohibida la reproducción)

## Almas rebeldes

## I

Están de tertulia en casa del general Olande la Marquesa Antonia, mujer cincuentona, bien conservada, agradable en su trato á pesar de su devoción al título y de sus cabellos grises; su hija, la señorita de Orlay, joven de diez y nueve años, muy despierta, carácter vivo, revoltoso; el coronel Garlaza, tipo hurraño, seco, cansado por la edad, amigo de echar votos y ternos, contra todas las prácticas usuales de la cultura; desde que una bala traidora y el reuma le obligaron á pedir el retiro en lo mejor del guisado de cruces y galones; Martín Pérez, ayudante del general; los dos hijos de éste, Marianilla, criatura de Dios, más simpática que hermosa, espíritu dormido é inocente, para quien toda la dicha cífrase en maridar con Martín, que la corteja, y Pedro, hombre taciturno, de mirada torva, obscuro desde la cabeza á los pies, y contraste vivo del mílite, á quien se celebra su carácter abierto y se admira por el arte con que mantiene y lleva sus años, sin que éstos le arruguen la frente ni le encorven el busto.

De la casa es también Octavio Manuel Expósito, alto, lleno, de cabeza varonil, de líneas fuertes, alma buena y adorable, inteligentísimo. Llegó á la casa del general desde un taller de escultor, y con ayuda del prócer logró un acta de diputado. Lo demás lo ganó él á pulso; algún tiempo después era una de las primeras figuras del Parlamento.

\* \* \*

(La señorita de Orlay penetra en el saloncillo para llevarse á Expósito; le sorprende despidiendo en el dintel á una joven humilde, y mandando á un ordenanza que la lleve hasta el primer coche de punto).

ISABEL.—Se comprende que no se aburra el señor Expósito. Por eso no ha querido acompañarnos.

EXPÓSITO.—Ahora iba para allá.

ISABEL (con gracejo).—Pues ahora se sienta usted aquí, señor Diputado. (Acomódase en la marquesita). Tenemos que hablar.

EXPÓSITO (obedeciendo).—¿Confabulación femenil? Cuente con mi apoyo.

ISABEL.—Sí, confabulación entre... mis sentimientos y yo, como si dijéramos una legión de diablos y una persona humana. Sublevación, porque me sublevo en este instante contra todas las de mi sexo y sus prerogativas (burlonamente).

EXPÓSITO.—Palabra de verdad, que es como si hablara usted en gringo.

ISABEL.—Pronto me entenderá, porque pienso ir derechita al asunto para no arrepentirme. Primero, sepa usted que ya murmuraban en el comedor y me he brindado á arrancarle de las manos «La Opinión Pública»; segundo, explíqueme cómo es que no le hallo con la pública, sinó con la privada... es decir, con una joven que... por las trazas, no es... tan despreciable para un político que se confunde con los demagogos y aspira á la nivelación social.

EXPÓSITO.—¡Curiosilla! Si no fuera porque... es imposible, creería que estaba usted celosa.



ISABEL.—A mí amor, por ahora... ¡digo! Aunque usted ha sido siempre muy galante con esta dama... de alto copete (con mucho gracejo), nada le acredita; pero á mi confianza, sí.

EXPÓSITO.—Pues voy á hacer uso de ella. ¿Usted conoce algún Felipe allegado ó amigo del general?

ISABEL.—Felipe... pues, nó, no recuerdo.

EXPÓSITO.—A un Felipe vino buscando esa joven.

ISABEL.—Por lo pronto no hay peligro de que pierda usted la cabeza. (Como asaltada por una duda). ¿Y no existirá otra mujer con derecho á buscar, no á un fantasma de hombre, sinó al Octavio Manuel de carne y huesos?

EXPÓSITO (riendo).—¡Caramba, qué grave se pone la señorita de Orlay! Parece un juez.

ISABEL. — Dígame que abuso. Las mujeres vivimos muy mal. La Sociedad nos dice: «disimula», y á veces «sufre», y á todas horas «calla». Hemos de disfrazar nuestros sentimientos y nos fuerzan á ser hipócritas.

EXPÓSITO. — ¡Otra víctima que protesta contra las injusticias, contra los convencionalismos!

ISABEL. — Siempre he sido muy libre en mis convicciones; no he querido casarme porque no podía amar á mis pretendientes. Me guardo entera, enterita para el amor.

EXPÓSITO. — Pero si se enamora usted de un plebeyo, de un humilde, será muy desgraciada, Isabel.

ISABEL. — Jamás amaré á un zafio, á un rústico. No haya miedo de que me enamore de un patán.

EXPÓSITO. — Su mamá ya sé yo que quiere para usted un príncipe.

ISABEL. — Se me ha pegado un poquitín de las ideas de usted, Expósito, y lo más raro de su energía viril para protestar.

EXPÓSITO. — Pues huya del contagio; mire que soy el abismo, y el abismo atrae.

ISABEL. — Cierto, muy cierto: desde que entró usted en esta casa, he cambiado yo mucho. ¿Viene usted á la tertulia? Deseo que hable; le hostigo para que predique; cuando le atacan, le defiendo inconscientemente; y luego me halagan sus galanterías, sus deferencias. ¿Quiere usted más? Paso toda la semana deseando que llegue la noche del lunes.

EXPÓSITO (*graciosamente*). — ¡Dios! ¿A que se ha enamorado usted de mí?

ISABEL. — ¿Sabe usted lo que es amar, Octavio Manuel? Perdóneme si le importuno. ¡Se conoce tan poco de su vida entre los amigos! Le traje el general á su casa, y todos nuestros esfuerzos se estrellaron contra la reserva de ustedes. Supimos que Octavio Olande le brindaba su fortuna, para que prosperase el socialista: «es un bien que hago á la patria, arrancando un entendimiento vigoroso á las ideas de destrucción!»

EXPÓSITO (*con ira*). — ¿Eso dijo? ¡Y dale bola! ¡Pero si no soy socialista! Soy una víctima de los hombres que se rebela contra los abusos; soy un espíritu que se levanta del polvo de las miserias humanas, combatido por horribles tempestades de dolor, crucificado en las pequeñeces de la Sociedad.

ISABEL. — Ah, sí; yo le he comprendido, y me parece que por eso le amo. ¿Qué quiere usted? No se burle. He concluído por enamorarme (*levantándose nerviosa y acercándose al ventanal*). Le amo á usted, porque ama usted lo bueno, lo grande, lo justo. Nó, no es pasioncilla vana; no es enamoramiento romántico. Sucédeme á mí lo que á la mariposa, que corre en pos de la

luz: yo voy revoloteando en torno á la grandeza de Octavio Manuel.

EXPÓSITO (*levantándose asustado*). — Estará usted equivocada; será eso un poquito de admiración y otro poquito de simpatía.

ISABEL (*enérgica*). — Es amor.

EXPÓSITO (*decidido*). — Pues está usted perdida, señorita de Orlay.

ISABEL (*interrumpiéndole*). — Ah, sí: usted no puede amarme sinó como á todos: como hermano.

EXPÓSITO (*pensativo*). — La Sociedad me ha dejado inútil para el amor. No tengo mujer, porque la Sociedad la arroja de mi casa (*energico*). La echa por adúltera.

(*Isabel se lleva las manos al rostro con gesto de dolor*).

EXPÓSITO. — ¡Y con qué lógica! (*Paseando*). Matándome a mí en las esperanzas risueñas de la familia: inutilizándome dentro de sus leyes para la procreación, haciéndome pária, ilota del matrimonio.

ISABEL. — ¡Está usted casado! (*Pausa. Expósito sigue paseando meditabundo*). ¡Ay, Octavio Manuel, qué daño me ha hecho usted aquí, en el corazón! ¡Qué tristezas tiene la vida! Sí, sí, es verdad cuanto usted defiende: seamos libres, iguales, iguales... ¿Pero no le parece á usted que esa igualdad será siempre un absurdo? Ahora no podemos amarnos, ¿y el amor, grande como Dios mismo, no está por encima de tantas pequeñeces? Es cosa del alma, y no podemos amarnos, porque no somos iguales ni podemos serlo nunca. Nos separa el sexo.

EXPÓSITO. — Nos separa la Sociedad.

ISABEL (*denegando con la cabeza*). — El sexo. Mire usted, Expósito, qué cosas se me ocurren. Quisiera poder hacer ahora con mi alma lo que con este pájaro (*abre una jaula y coge un mirlo y lo acaricia*). Vive en la esclavitud, pues lo echo al espacio... ¡Y á volar! Ya eres libre.

## II

(*Preséntanse Antonia, el general, Martín, Mariana, Pedro y Félix. Éste último entra penosamente y del brazo de Pedro*).

ANTONIA (*desde la puerta*). — Me río de la palabra que tienen los demagogos. ¿Le parece justo que en lugar de venir usted á buscarnos, nosotros le busquemos?

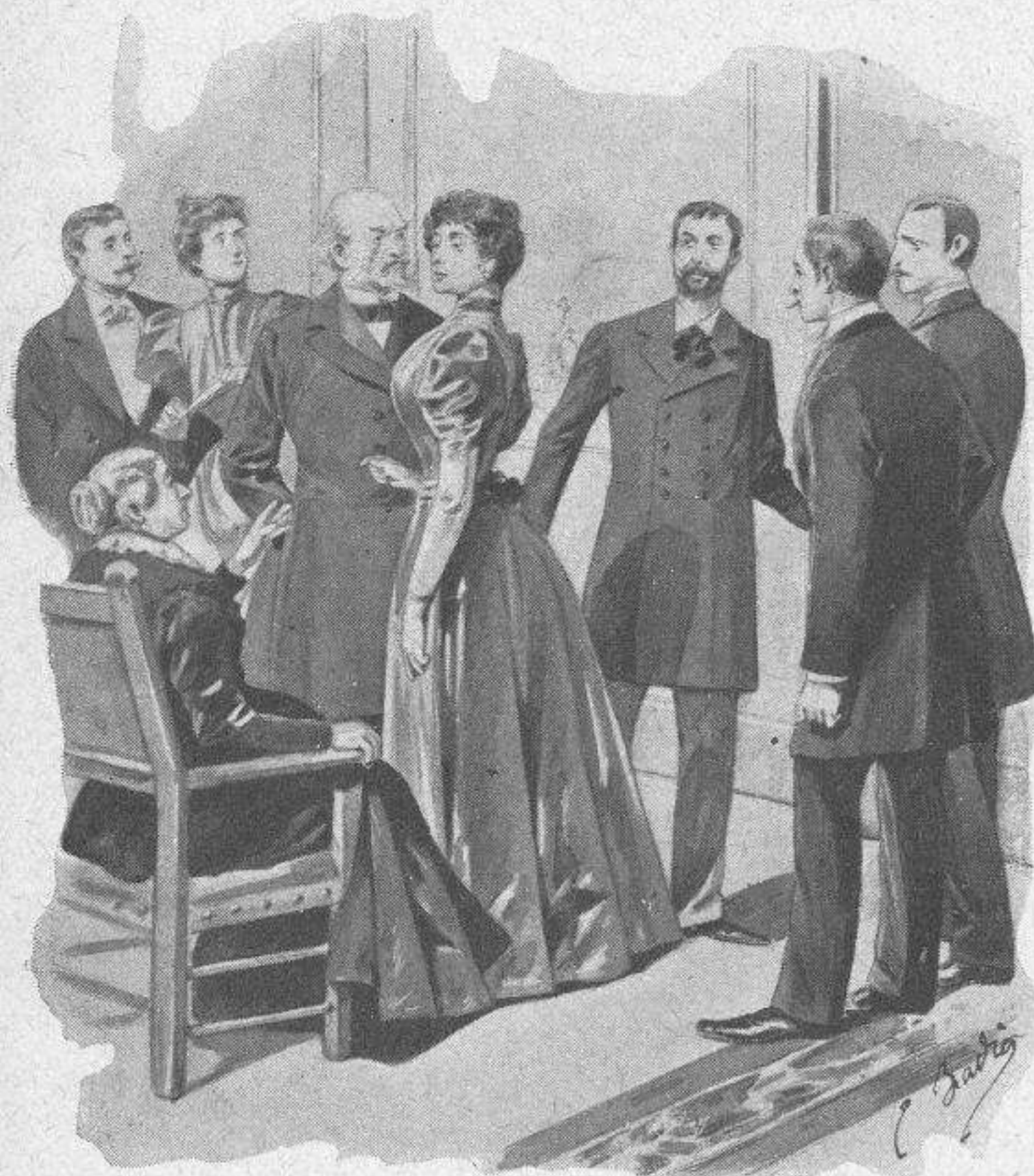
EXPÓSITO. — Sí, señora; justísimo. Sin pensarlo ha hecho usted un símil: eso debe ser y eso será más ó menos tarde. La sociedad vendrá á mí... á mí en idea, se entiende.

MARIANA. — ¡Yo te guardaba un pastel de carne!... Mira, te lo traigo aquí. (*Lo enseña*).

EXPÓSITO (*cogiéndolo*). — Bien; lo comeré en mi cuarto, porque han de saber que ustedes me buscan, y yo, ingrátón, cerril, me escapo, huyo. (*Se retira hacia la puerta*).



GARLAZA. — Otro símil: huye de la Sociedad: ¿Qué, cómo andamos de conver-



sión, Isabelita? (*La marquesa toma asiento*).

EXPÓSITO. — Ah, la señorita de Orlay tiene ideas muy elevadas: hablábamos de amor.

EL GENERAL. — ¿De amor? ¿Es posible?  
MARTÍN PÉREZ. — Pues qué: ¿acaso es también en eso el señor Expósito diferente á los demás hombres?

PEDRO. — Fíese usted de los redentores!

GARLAZA. — Y diga: ¿habrá boda?

EXPÓSITO. — La señorita de Orlay no se casará nunca; estaba precisamente queriendo convencerme de un imposible: de que eso de la sangre y los pergaminos y las distancias, resulta ya irracional y absurdo. ¡Todos iguales ante el amor!

ANTONIA (*airada*). — ¿Tú has dicho eso?

ISABEL. — Sí; ¿he dicho algo malo? Pues sépanlo ustedes: Es inicuo que la mujer se encuentre separada por las pícaras convenciones sociales del hombre á quien adora. Protesto, me rebelo contra las infamias, como Octavio Manuel.

LA MARQUESA (*con acento de pasmo*). — ¡Jesús, qué disparates!

GARLAZA (*santiguándose*). — ¡Ave María Purísima. ¡Qué época!

EL GENERAL. — ¡Qué escándalo!

EXPÓSITO. — Sí, sí; alcáncenla ustedes ahora. Se ha redimido, se ha liberado, ha echado á volar su alma en forma de mirlo por los espacios azules de Dios. (*Se aleja riendo*).

J. F. LUJÁN.

(*Ilustraciones de Badía*)

## Á una señorita

Á QUIEN SE LE ESCAPÓ EL CANARIO

Esta mañana he sabido que está usted triste, Rosario, porque se le fué el canario aprovechando un descuido.

Fuga tan inesperada lamento, y hasta no dudo que tras de un golpe tan rudo se sienta usted anonadada.

Si con hondo desconsuelo le vió al espacio volar, ¿cómo atreverme á dudar que su pena es... *de alto vuelo?*

¡Tanto que usted lo mimaba! siempre á sus gustos sumisa, y marcharse tan aprisa, tan aprisa, *que volaba*.

Por menos hay quien revienta; fué un ingrato, ¡voto á mí! un pájaro que obra así es un pájaro... de cuenta.

Vale más ir á las malas con esa gente que pía: jamás usted lo reñía y es claro, *le daba alas*.

Yo, si he de serle sincero, supongo que arrepentido volverá, si ha comprendido que *obró bastante ligero*.

Quizás permanezca ausente dos ó tres días no más: ¿no se habrá ido quizás para ver algún pariente?

Si mi interés no le enoja, yo le aconsejo que abierta tenga unos días la puerta por si volver se le antoja.

Tengo en mi casa un jilguero, y tiemblo sólo al pensar que se me pueda escapar con tanto que yo lo quiero.

Mil veces yo le advertí que la jaula no le abriese, y usted... ¡cómo si lloviese! no hacía caso de mí.

Pues el mío, será en vano que pretenda darme jaque: prometo cuando lo saque no soltarlo de la mano.

Su canario era muy mono y era notable cantor; ¡lástima que á lo mejor se haya salido... de tono!

Recuerdo con embeleso cuando el lindo pajarillo aproximando el piquillo la daba en su boca un beso.

Claro es que yo le envidiaba siendo su boca tan bella, y maldecía mi estrella porque yo... jamás *picaba*.

Pensando en esto, Rosario, si usted no lo toma á mal me ofrezco á ocupar formal la plaza de su canario.

PASCUAL MONTAGUT.

## Año nuevo

(TRADUCCIÓN)

¿No lo esperaban ustedes?

Pues ahí está el nuevo año.

Lució el sol, ha llovido, hemos cambiado la hoja del almanaque, se repite la caminata de los reyes...

¿Están contentos?

¿Qué apuestan á que la mayoría de los que deseaban entrar en el año nuevo esperan ya que termine y llegue el otro?

Sí, señor, no lo duden: cuando el año próximo toque á su fin, aguardarán las novedades del siguiente, y el caso se repetirá toda la vida.

No digan que eso lo saben todos ustedes, y que no es mal chasco el mío si pienso sorprenderles con tales palabras. Veo la eterna malicia de los lectores que ya me tiene escarmentado.

Cogen muchos un periódico y lo arrojan diciendo:

— ¡Qué fastidio de papeles, ya sabíamos eso que dicen!

Si ustedes lo sabían, yo también, y buena prueba de ello es que lo escribo antes de que me lo suelten.

Bien; hablemos del año nuevo.

¿Creen de verdad en que sea nuevo? Yo nó.

El frío que me atormentó al levantarme el primer día de Enero era enteramente igual al que me acompañó á la cama el treinta y uno de Diciembre, sin interrupción, sin adobo, sin que se hubiera modificado en lo más mínimo.

Oía yo exclamar: ¡qué frío hace este año! Y pensaba, ¡ah, necios! ¡Si el año halló ya la temperatura fría!

Ocorre en eso del año nuevo lo mismo que con las modas: que torna lo viejo y se repite. Desde el andar desnudo hasta cubrirse la calavera con pelos y tejidos de toda clase y de distinto color, nada queda por inventar.

En este año mismo, ¿creen que hallarán cosa desconocida? No se alarmen, que no hay para ello.

Encontrarán aquello de lunes, martes, miér-



La intención es buena

(Prohibida la reproducción)

coles... Enero, Febrero, Marzo... San Fulano y San Mengano, témpora, canícula y todo lo demás olvidado por sabido.

No faltará quién encuentre ayunos que no están señalados en el calendario; pero eso ninguna novedad ofrece.

Los que tengan buena memoria, pueden asegurar que saben todo lo que ha de ir sucediendo durante el año.

Temerán que se declare el cólera, que haya disturbios y motines, que se les haga tarde cuando tengan que ir á cualquier sitio; padecerán de sabañones; desearán que les toque la lotería, y no les faltarán las manías de siempre: por ejemplo: que las criaturas sean pacíficas, que los amos rebajen el alquiler de las casas, que disminuya el tres por ciento, y que las señoras se persuadan de que no hay razón en que nos maree su afán por el lujo...

Claro es que se vestirán muchas señoritas de largo y gozarán con ello; ¿pero es que el año anterior no ocurrió lo mismo?

Se repetirá que el Carnaval va degenerando; que baja el precio de la harina y aumenta el del pan; que hay un predicador excelente; que á la caída de las hojas morirán los tísicos, y ¡vaya! no hay que decir más, sinó que verán y oirán lo mismo que oyeron y vieron hasta aquí, y no escarmentarán por nada de este mundo.

Veamos de qué modo se las arreglará el año para pasar por nuevo.

Si *verbi gracia* al cabo de doce meses tuviésemos que no se había tirado criatura humana por el balcón, ó que la gente no se casara, ni enviudase, ni se descubrieran monederos falsos, ni muriera ningún médico... aún tendría medio pase.

Pero, ¡cá! no, señor; la bola del mundo dará sus vueltas, como siempre.

¡Cuántos mozalbetes soñarán, después de escritos sus primeros versos, que se parecen á lord Byron!



¡De buenas intenciones está empedrado el infierno  
(Prohibida la reproducción)



I

Puesto á la espalda el bandolín sonoro  
que pulió en su taller el tunecino,  
trueca el bardo gentil y peregrino  
la edad de hierro en página de oro.

A su bizarro cuerpo dan decoro  
ajustado colán, flexible y fino,  
la roja trusa, el hierro damasquino  
y la babucha azul que borda el moro.

Del salón en la gótica ventana,  
el tedio de magnánimos señores  
disipa con su voz fresca y galana.

Cólmanle de agasajos y favores  
y alcanza de la noble casteliana  
el galardón feliz de los amores.

# LOS TROVADORES

II

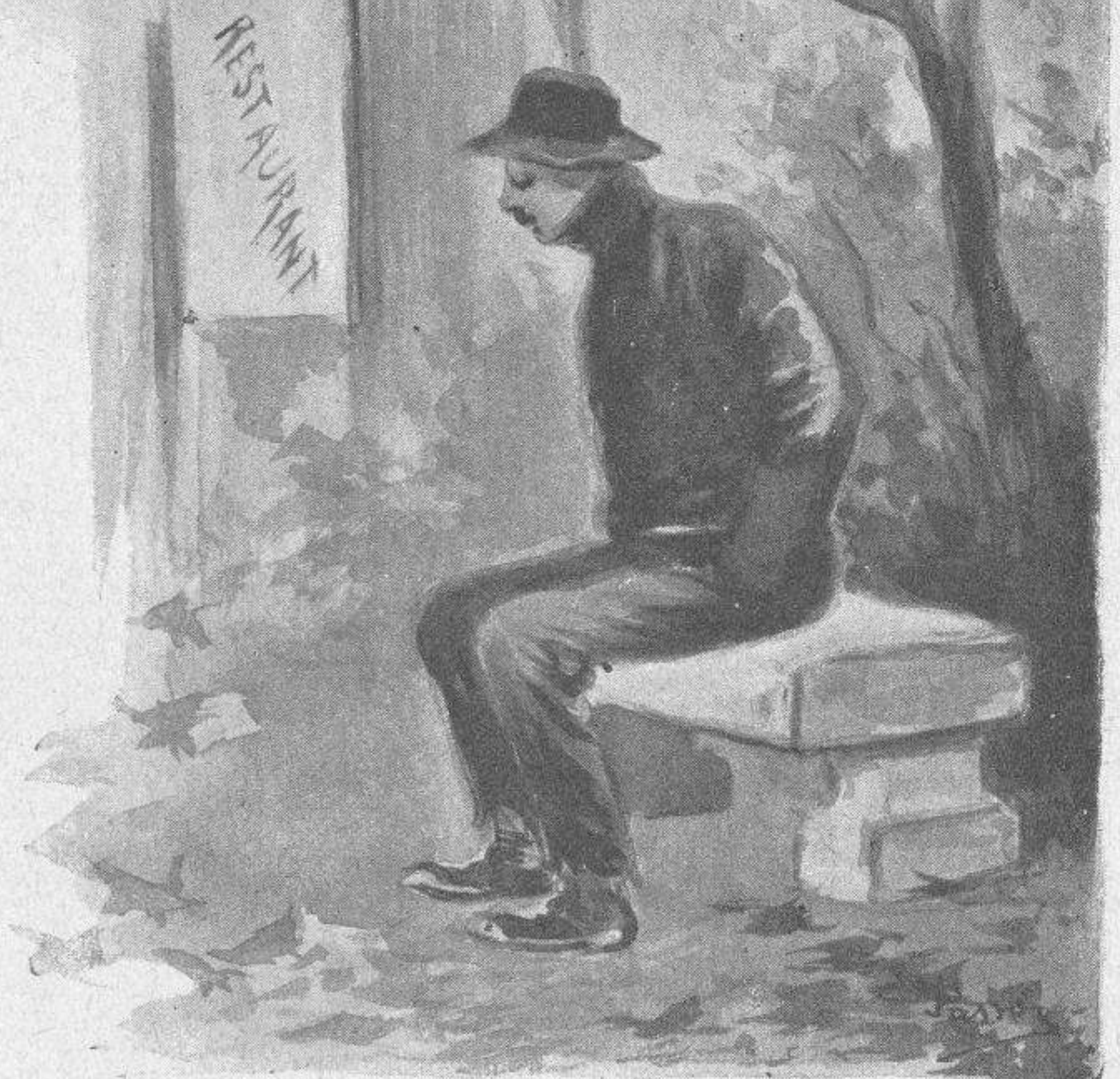
Bajo un sombrero que manchó la grasa  
destácase una faz descolorida ;  
americana mísera y raída  
cubre otra ropa de firmeza escasa.

A incipiente agujero pone tasa  
el hilo que zurció mano entendida  
y á través de la bota descosida  
advierde el pie lo que en la calle pasa.

Martir que vive triste y entrampado,  
que se cala los huesos cuando llueve  
y se acuesta al abrigo de un tejado.

Racional que no come y que no bebe:  
ahí tienes ; oh, lector ! abocetado  
un poeta del siglo diez y nueve.

V. SERRANO CLAVERO.



## En tranvía

No quedaba en el tranvía más que un puesto vacío, y en uso de mi perfecto derecho lo ocupé yo.

Y lo hice por varias razones: 1.<sup>a</sup>, porque como acabo de decir, ejercía mi perfecto derecho, y eso siempre debe de hacerlo un buen ciudadano; 2.<sup>a</sup>, porque á no ocupar yo aquel único asiento disponible, habríalo tomado el primer pasajero que subiera después, y siempre he tenido por principio llano el preferir mi propia comodidad á la del prójimo; 3.<sup>a</sup>, porque llovía á cántaros, y en la plataforma se está pésimamente cuando la Providencia se encarga del riego público.

Me acomodé, pues, en mi sitio, no sin contestar con una mirada altanera á la mirada de desagrado que me otorgó el vecino de la derecha: un vegestorio con cara de vinagre, que deseaba probablemente viajar á sus anchas y á quien mi llegada obligaba á *ir estrecho*. «¡Fastídate, beduino!» pensé con íntima satisfacción; y para serle todavía más incómodo, encendí un cigarrillo, cuyo humo no podría menos de molestar sus deteriorados bronquios.

A veces tengo yo malas intenciones, sobre todo cuando el tiempo está lluvioso ó me miran mis adláteres de una manera provocativa.

Acababa de encender un pitillo, y empezaba el vegestorio á toser, cuando se paró el vehículo. Transcurrió un segundo; segundo y medio á lo sumo, y por la portezuela asomó, quedando en ella como encuadrada una arrogante silueta femenil.

Echó la recién llorada una mirada de exploración al interior del carruaje; vió que no quedaba ningún asiento libre; hizo una mueca, una mueca muy mona, por cierto, de notorio disgusto, y permaneció clavada allí, inmóvil, severa, como diciendo en mudo lenguaje:

—Vamos á ver: ¿no se levanta nadie para cederme su sitio?... ¿No comprenden ustedes que no está bien que una mujer como yo se quede así, en pie?

Y observé que sus ojos se fijaban en los míos como para hacerme el requerimiento de una manera más individual, más precisa.

Lo cual me cargó.

—Pues, hija, está usted fresca si cuenta con mi puesto, —contesté mentalmente. Es usted muy guapa, muy buena moza, muy elegante, muy distinguida y muy bien perfumada. La verdad en su lugar. Pero lo que es levantarme por usted, no me levanto. Nó, señora. ¿Por qué



(Prohibida  
la reproducción)



Orgullo... satánico

*(Prohibida la reproducción)*

razón me levantaría yo? vamos á ver: ¿por qué razón?... ¿por galantería? Eso es muy anticuado ya, y además no tiene verdadera razón de ser. En un salón la galantería está en su lugar; pero aquí, en un sitio público, no encuentro ningún motivo para sacrificar inútilmente mi comodidad á la de usted, ¡ninguno! Después de todo, ¿por qué no toma usted un coche de plaza?... Supongo que sus medios le permiten á usted gastarse una peseta ó peseta y media. Cuando se usa un gabancito de pieles tan rico y un sombrero tan lindo y tan plumado, no se toma el tranvía, señora: se toma un alquilón, una carretela de punto. Eso es lo lógico y lo natural. ¡Bah! no continúe usted mirando así... es inútil; más diré: es contraproducente. Ese modo de mirar es impositivo, y yo no cedo jamás á imposiciones de ninguna clase. Por otra parte: ¿qué sacaría yo de levantarme en beneficio de usted?... nada: estoy seguro que, interiormente, ni tan sólo me lo agradecería usted. Y aun cuando así fuera: ¿qué?... ¿qué sacaría yo de ese agradecimiento? Ni eso: como si lo viera. ¡Ah! si estuviese seguro de que en pago de mi altruismo, cediéndole mi asiento y trasladándome á la plataforma, estaría usted dispuesta á hacer un ligero sacrificio por mí, á engañar, pongo por caso, á su marido, en correspondencia á mi obsequio, entonces, no digo... Pero, ¡cá!... Estoy seguro de que ni eso querría usted concederme: ¿verdad que nó?

Cortóme súbitamente el hilo de mi discurso el movimiento brusco que hizo el vegetorio que á mi lado iba, al levantarse. Despidióse lanzándome una mirada feroz, hizo parar el coche, y fuese.

—Señora, ahí tiene usted asiento, — observó el cobrador dirigiéndose á la dama.

— Gracias, — contestó ella sonriendo, — está eso que apesta á tabaco... prefiero quedarme en donde estoy.

Y no hubo más.

JUAN BUSCON.

## Después de Reyes

(Á UN CASERO)

¡ Casero, por Dios, casero !  
Mucho le agradeceré  
que se sirva echar usted  
los chiquillos del tercero.

¡ Por favor yo se lo pido !  
Ya más no puedo aguantar...  
¡ Qué manera de gritar !  
¡ Cielo santo !... ¡ Y que ruido !

Aquello es cosa de ver ;  
aquello es cosa de oír...  
¡ no se puede ni escribir,  
ni descansar, ni leer !

Desde el día de los Reyes  
(de los demonios diría)

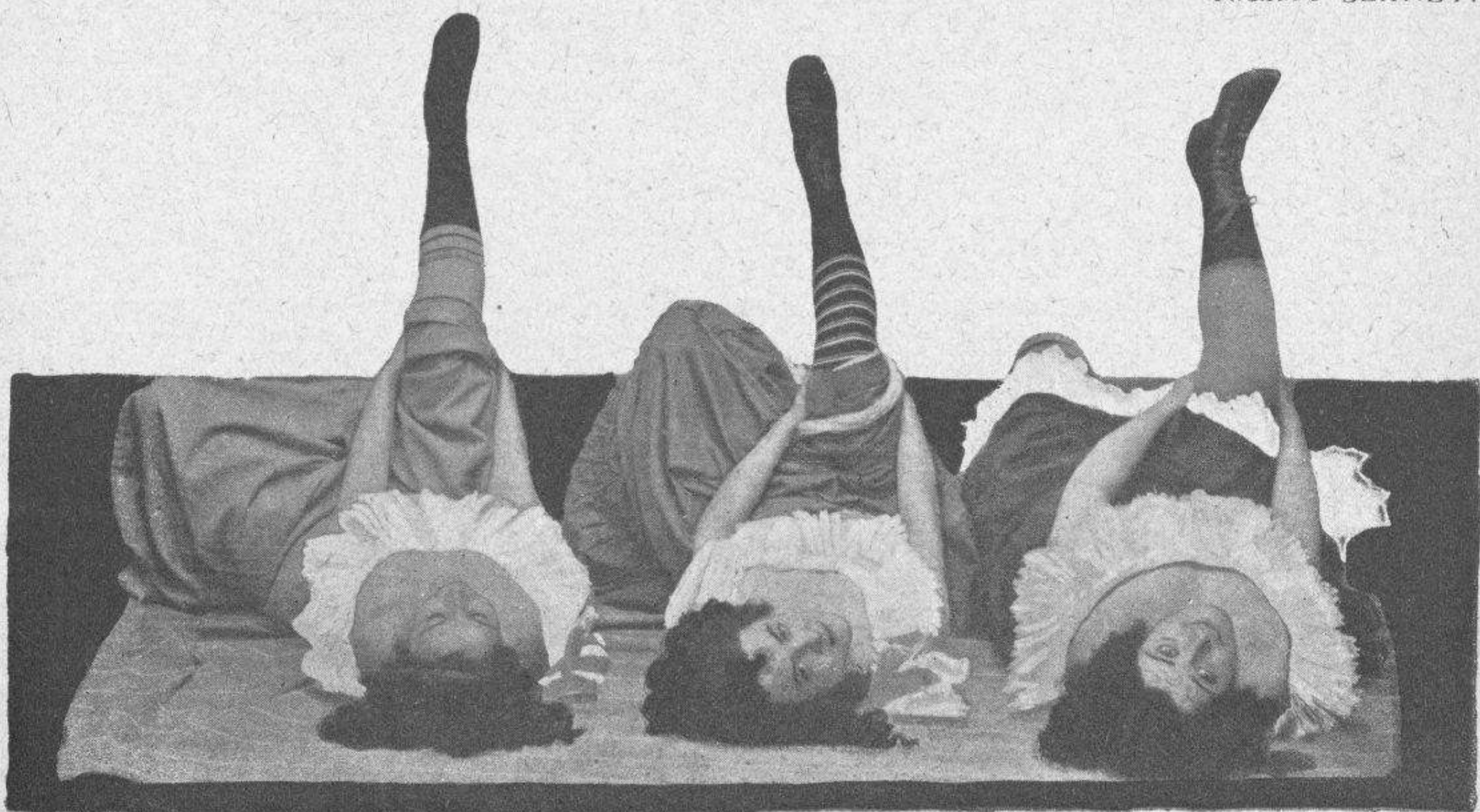
desde aquel dichoso día,  
que no existen allí leyes

para enfrenar su furor  
sin límites y sin tasa...  
¡ Tanto así, que aquella casa,  
ya no es casa, nó, señor !

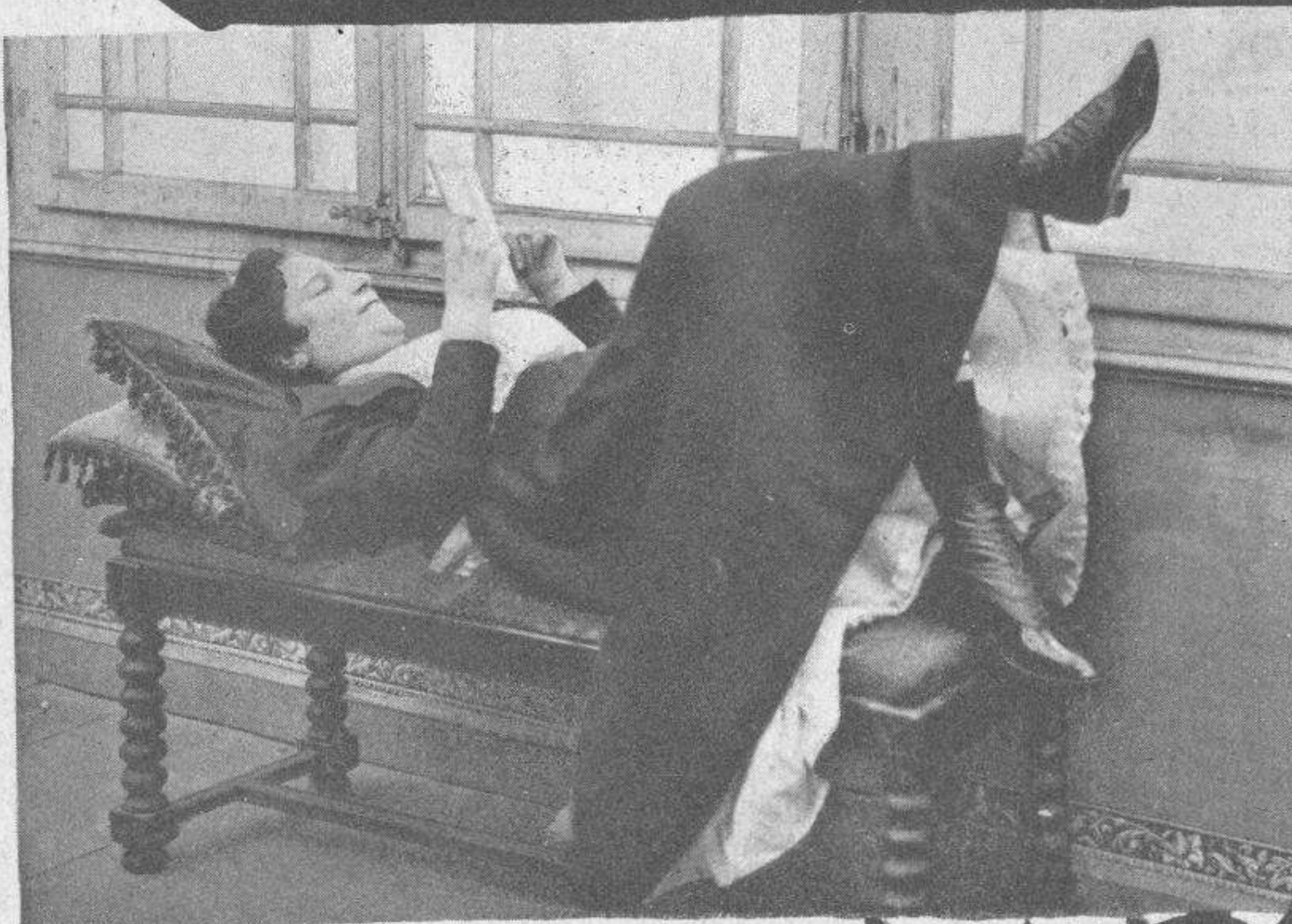
¿ Manicomio ? Mucho más.  
¿ Jaula de fieras ? Es poco.  
A tanto no llega un loco,  
ni nadie, ¡ ni Barrabás !

En fin, que por compasión  
pido que los eche usted ;  
sinó, yo los echaré  
¡ sí, señor ! por el balcón.

RICARDO CLARET.



(Prohibida la reproducción)



Lectura interesante

(Prohibida la reproducción)



## Los casamientos de Rosa

El divorcio estaba permitido, por fortuna, en el país. De lo contrario ¿cómo se las habría compuesto Rosa cuando tuvo la idea de tomar marido? El divorcio, como los vendedores de melones, permite que se pruebe la mercancía. ¿Es buena? Pues se come hasta que no queda rastro de ella. ¿Es mala? Se rechaza y en paz.

Un real mozo pidió la mano de Rosa, y, enamorada ésta de sus dotes físicas, y sus padres de las morales que en él se advertían, se efectuó el casamiento. Durante los primeros días no tuvo la joven motivo alguno de queja contra su marido; pero al cabo de poco tiempo le inspiraba una repugnancia invencible. ¿No se le ocurrió una vez huir como una liebre porque había sonado un disparo en la calle? ¿No se dejó abofetear otra por un vecino iracundo? El divorcio acabó con aquella repugnancia y disparidad de caracteres.

Al cabo de pocos meses conoció la bella viuda un muchacho guapo y robusto como un angelote, de cándida mirada, de sonrosada tez. Adelantándose á la admiración que leía en los ojazos del mancebo, la viuda se las arregló de manera que á los diez meses de conocerlo, pudo llamarle: «esposo mío», en la intimidad de la cámara nupcial. ¡Oh desencanto! Cuando la viuda, acometida de súbitos ardores, buscó con sus labios la boca del marido, éste se echó atrás balbuceando ininteligibles palabras. Aquello debía ser una emoción invencible. La joven viuda no hizo mucho caso y, como el caso lo requería, fué despojándose de velos y telas. Cuando el novio advirtió el centelleo libertino de la carne que aquí y allá se mostraba en curvas rosadas, se tapó los ojos como pudibunda doncella, y rogó á su mujer que tapara aquellas desnudeces. Al día siguiente, presentaba Rosa instancia de nulidad de matrimonio.

Y un año más tarde, queriendo indemnizarse de los pasados fracasos, casaba con un chico que había corrido mucho mundo, que mantenía caballos, perros y criados á docenas, y que por ella abandonó varias queridas. Ese, ese era un hombre. Porque otro la había mirado con insolencia, le retó á singular combate, y le dejó perniquebrado de un balazo. Y por lo que hace al sacrificio del amor, nunca el ídolo de Lampsaque tuvo devoto más ardiente. Rosa adoraba en él; pero al cabo de una temporada advirtió, con profundo terror, que su esposo derrochaba el dinero con tanta largueza, que muy pronto llegaría la miseria para ambos. Amonestóle cariñosamente,

pero la enmienda no vino. Echóle en cara y con acritud su proceder, y tampoco logró nada. El oro se convertía en residuos de bronce en manos de aquel hombre, que había conseguido el hallazgo de la piedra filosofal negativa y que operaba la transmutación de metales con sin igual donaire. Rosa no era partidaria del amor y cebolla, y se divorció de nuevo.



— ¿Lloviendo, quién va por esas calles?  
— Nosotras nó, pero los hombres sí.



Sí, señor, sí, lo digo;  
tiene encantos la playa:  
ya que dejan las hembras su costura...  
¡qué pesquen á la caña!

*(Prohibida la reproducción)*



(Prohibida la reproducción)

Un joven de modesta posición enamoró á la viuda y ésta se dejó llevar al altar. ¡Nueva y cruel decepción! Su flamante esposo, estático ante la soberana belleza de su cuerpo, la trataba á todo pasto como una divinidad intangible. Jamás, ni aun en los momentos de intimidad más grande, se atrevió á tutearla. Atortolado por la magestuosa presencia y aristocrático empaque de su ayuda de cámara, no se atrevía á mandarle nada. Por modestia y humildad nativas se empeñaba en barrer su habitación y en servir á su esposa como el más ínfimo criado. Rosa se indignó de tanta humildad y de nuevo recurrió al divorcio.

¡El quinto marido sí que tenía buen genio! Nunca murmuraba del prójimo; jamás sentía la tristeza del bien ajeno, y á menudo reprendía á su cara esposa por el feo vicio que le aquejaba de ser más maldiciente que lo que la caridad aconseja. Un día defendió ante Rosa la conducta de una amiga suya que en otro tiempo se había entendido con un marido derrochador, y de ahí una disputa que terminó en divorcio.

Ansiando hallar al cabo marido á su gusto, eligió uno que no parecía pacato, ni derrochador, ni manso, ni caritativo con exceso, y le entregó su mano. Pero ese adolecía de otro defecto. Detestaba los manjares succulentos, el vino añejo, la gran mesa. Verduras, pan y agua, bastaban para su alimento. De ahí un nuevo divorcio, pues así como una máquina no funciona sin carbón, así tampoco el nuevo marido estaba en *forma*, como dicen los ciclistas.

Rosa tentó una última experiencia. Al novio le urgía el matrimonio según la prisa que metía. Ya casados, sufrió Rosa un suplicio intolerable. Su marido era la actividad en persona. A lo mejor, llamaban á la puerta, mientras su esposa le tenía amorosamente enlazado; ¡pues allá iba el hombre, adelantándose á todos los criados que acudían á abrir! En el paseo y en el teatro la dejaba plantada con gran frescura, y un día, sabiendo que Nansen necesitaba un hombre de ciertas condiciones para marchar al Polo, tomó el portante y aún no se le ha vuelto á ver el pelo.

Después de todas esas experiencias, Rosa no sabe lo que es peor, si los vicios ó las virtudes. Y quizá tiene razón que le sobra. — A. RIERA.

### Cañitas

Eres como flor silvestre  
que se cruzó en mi camino,  
me prendé de tu hermosura,  
ni das más, ni te lo exijo...

La calumnia es cual la yedra,  
basta un palmo de terreno  
para que se arraigue y crezca...

Te he de comparar al sol  
por tu conducta gitana,

que el sol, con gustar á todos  
nos hace bajar la cara...

Estoy malo, dame el lecho  
que le das á la guitarra,  
cuando la tienen tus brazos  
para cantar sevillanas...

¡Qué triste suerte la mía!  
Saber que al morir no habrá  
quien se acuerde de mi vida...

J. ENRIQUE DOTRES.

con aire misterioso «El café de la Comedia ha quedado inexpugnable». «Se ha terminado la defensa de la Esplanada por medio de torpedos...»

Os aseguro que había motivos para que los bárbaros reflexionaran.

#### *Los franco-tiradores*

En medio del mayor frenesí comenzaron á organizarse compañías de franco-tiradores; se denominaron «Hermanos de la muerte», «Chacales del Ródano» y de otras mil maneras; los había de todos colores, como mariposas en un campo de avena; unos llevaban penachos, otros plumas de gallo; éstos cubrían sus cabezas con gigantescos sombreros, y aquéllos ceñían sus cinturas con correajes de los que pendían sables descomunales. Para tener un aspecto más terrible, cada franco-tirador se dejó crecer la barba y el bigote, hasta el punto de que encontrándose en el paseo, no se reconocían unos á otros. Veíase á un bandido de los Abruzzos con el bigote retorcido, los ojos echando chispas y acompañado del estrépito que causaba el chocar de sables, revolvers y yataganes, y al fijaros en él observábais que era el cobrador de contribuciones. Otras veces os apartábais en una escalera para dejar bajar al propio Robinson Crusoe con su sombrero puntiagudo, su cuchillo con dientes de sierra y un fusil en cada hombro, y después de pasar á vuestro lado, reconocíais al armero Costecalde. Lo cierto es que con el afán y la costumbre de adoptar trajes y emplear ademanes guerreros, acabaron los tarasconenses por causarse miedo unos á otros, y bien pronto llegó el caso en que nadie se atrevía á salir á la calle.

#### *Conejos del campo y conejos caseros*

El decreto expedido en Burdeos organizando la guardia nacional, dió al traste con situación tan difícil. Al poderoso soplo de los triunviros, ¡prrrr! desaparecieron las plumas de gallo, y los chacales, y los hermanos del Ródano, y en fin, todos los franco-tiradores de Tarascón, para fundirse en un batallón de honrados milicianos bajo las órdenes del bravo general Bravida, antiguo capitán del *detall*. Pero surgieron nuevas complicaciones. El decreto de Burdeos estableció dos categorías entre los nacionales; los movilizados y los sedentarios; «conejos del campo y conejos caseros», como decía socarronamente el cobrador de contribuciones. Los movilizados se llevaban la palma, pues todas las mañanas salían con el general á la Esplanada para adiestrarse en la práctica de la escuela de tiradores. Los simulacros de guerra atraían también á la gente, y hasta las señoras de



¡No te pinches! (Prohibida la reproducción)

Bcaucaire se decidían alguna vez á cruzar el puente para admirar á nuestros conejos. Mientras tanto, los sedentarios daban modestamente el servicio de la ciudad y montaban la guardia en el Museo, donde no había que guardar más que un gran lagarto relleno de yerbas y dos pequeños halcones del tiempo del rey René. Sin embargo, el entusiasmo decreció al ver que los guardias móviles, después de tres meses de ejercicios de fuego, no salían de la Esplanada.

El bravo general Bravida se desgañitaba en la instrucción gritando: «¡A tierra todo el mundo! ¡Arriba!» nadie lo miraba ni le hacía caso. Bien pronto aquellos ataques y defensas simulados fueron la comidilla de los círculos, y bien sabe Dios que no tenían la culpa los pobres conejos de que no se les mandase partir, pues esto les tenía tan furiosos, que un día se negaron á ir al ejercicio.

—«¡Fuera paradas y revistas!—decían con patriótico celo;—somos movilizados y queremos marchar.»

—Y marcharéis, ó yo dejaré de llamarme Bravida,—les contestaba el general.

Este acudió rebosando cólera á quejarse á la alcaldía; pero el alcalde le dijo que él no tenía ninguna orden para que salieran, siendo este asunto de la competencia del gobernador de la provincia.

Bravida tomó el *express* de Marsella en busca del gobernador, tarea muy difícil, pues siempre había cinco ó seis ejerciendo funciones de tal. Por fortuna Bravida encontró en seguida al legítimo y le dirigió un discurso en nombre de sus subordinados, con toda la autoridad propia de un antiguo capitán del *aetall*.

A las primeras palabras el gobernador le interrumpió:

—Perdonad, general... pero ¿cómo se explica que vuestros soldados os digan que quieren salir á campaña y á mi me escriban que quieren quedarse en la ciudad?... Leed.

Y entregó sonriendo una tierna solicitud (que le habían dirigido dos conejos del campo, los dos más decididos por la salida), acompañada de informes, notas y dictámenes del médico, del cura y del notario, en cuyo documento pedían pasar á los conejos caseros por causa de achaques y enfermedad.

—Tengo trescientas solicitudes como esta—añadió el gobernador.—y supongo que ahora ya comprenderéis por qué no hago marchar vuestras fuerzas. Desgraciadamente ya hemos hecho salir á muchos de los que querían quedarse... Conque id con Dios, general; que Dios salve á la república, y mis recuerdos á vuestros conejos.

#### *El ponche de despedida*

Es inútil decir que el general regresó de mal humor á Tarascón; pero sí que os alegraréis de saber que durante su ausencia habían los tarasconenses preparado un ponche de despedida, costado por suscripción entre los conejos que debían partir. El bravo general Bravida les advirtió que ya no partía nadie, pero el ponche estaba encargado; sólo faltaba que se lo bebieran, y esto es lo que se hizo. Un domingo por la tarde se reunieron en la casa del ayuntamiento, y hasta el amanecer del día siguiente no cesaron de repercutir por aquellos salones los vivas, discursos, *toasts* y cantos patrióticos que hicieron retemblar todos los vidrios de las ventanas. Lo más gracioso es que los guardias nacionales sedentarios, que eran los que pagaban el refresco, tenían la firme convicción de que sus camaradas no saldrían de la ciudad, y los guardias movilizados, que eran los que disfrutaban del ponche, tenían el mismo convencimiento; hasta el síndico, que con acento conmovido juró marchar á la cabeza de aquellos bravos, sabía mejor que nadie que no serían movilizados, pero estos meridionales son tan impresionables que al acabar el ponche de despedida todo el mundo lloraba y se abrazaba de buena fe, incluso el mismo general.

En Tarascón, como en todo el Mediodía de Francia, he observado este efecto de espejismo.

A. DAUDET.





Efecto sorprendente

*(Prohibida la reproducción).*



En el amor y «la gallina ciega»  
peligra mucho la mujer que juega.

(Prohibida la reproducción)

## La casa de campo

(A MI QUERIDO AMIGO D. J. F. LUJÁN)

I

Las familias más distinguidas de la capital lo habían dicho: algo extraordinario les habrá ocurrido á los marqueses, cuando no han regresado aún.

En efecto: los nobles esposos continuaban residiendo en su magnífica casa de campo situada casi á la entrada del bosque.

Noviembre tocaba á su fin. Los campos presentaban triste aspecto con sus árboles descarnados; en las avenidas apenas se veía á nadie. Los días eran lluviosos y fríos, y últimamente habíase desencadenado en la montaña una fuerte nevasca.

La marquesa se hallaba una noche con su esposo en el salón. Sentados en elegantes sillones, leían con marcado interés una obra de Jorge Ohnet.

De pronto cerró el libro la marquesa:

— Te has empeñado en pasar aquí este invierno, y por lo visto no debes hacerte cargo de lo mucho que vamos á sufrir. ¿No te parece, Norberto?

— No será tanto como supones, Gabriela, pero con todo, estoy dispuesto á complacerte si quieres regresar á la capital, siempre y cuando me permitas volver.

Le chocó bastante á la marquesa aquel deseo de su marido, pero no encontrando motivo para maliciar, le dijo:

— Te confieso que el frío que noto aquí es horrible y tengo la seguridad de que á la postre enfermaría; tu consentimiento me satisface y á la ciudad me voy en busca de más abrigo, de otra atmósfera; esto es irresistible, pues no valen estufas ni caloríferos en esta especie de Siberia.

— ¿Cuándo será la marcha?

— Cuanto antes mejor.

Norberto tocó un timbre y dió órdenes á un criado para que preparasen la marcha. Gabriela retiróse á sus habitaciones á descansar y lo propio hizo el marqués.

II

A las nueve de la mañana del siguiente día, subían los marqueses en un *dog-cart*, que tirado por dos soberbios caballos, partió velozmente por un ancho camino en demanda de la estación, y ya en ésta, acomodáronse en el *sleeping-car* del expés. A las cinco estaban en su palacio.

El marqués no quiso demostrar por lo

pronto deseos de volver al campo, y la marquesa llegó á figurarse que su esposo había desistido de tan raro capricho; congratúlase, pues de esta manera podrían asistir á todas las funciones de ópera que se celebraban en el Gran Teatro, y vislumbraba aún en lo que quedaba de invierno, una especie de compensación á los días crudos y borrascosos que allá en el campo pasara; pero se llevó chasco porque á los pocos días decidió Norberto partir, prometiendo que volvería por la primavera.

La marquesa amaba á Norberto y pronto empezó á sufrir las tristezas y nostalgias de la separación.

Los días transcurrían para ella con una monotonía espantosa, todo le era indiferente y pesado; casi prefería la casa de campo con sus árboles desnudos y sus ventiscas; allí estaría al lado de Norberto, de su amante esposo... Decididamente iría á unírsele, y al efecto le escribiría para notificarle su llegada; pero no: lo más acertado sería que lo ignorase, pues así le cogía desprevenido.

### III

Una de las dependencias más notables de la casa de campo, era el gabinete particular del marqués.

Norberto estaba allí; en el sofá, al lado

de una mujer hermosísima. Los dos hablaban en voz muy baja, como si temiesen ser oídos. De vez en cuando apoderábase el marqués de uno de los mórbidos brazos de su compañera y lo acariciaba entre sus manos, hasta que acababa por cubrirlo de besos.

Era la esposa del guarda mayor de la casa de campo; especie de colono que cuidaba de las tierras con gran esmero y en beneficio de su propietario, el marqués de Montreal. Bien correspondía el prócer á la lealtad y á los desvelos de su servidor.

El marqués sacó su reloj de oro, y exclamó:

— ¡Las nueve! Ya son las nueve; vete, no haga el diablo que regrese tu marido y lo echemos á perder todo.

— No tengas cuidado — replicó ella. — Mi marido es un bonachón, y es incapaz de maliciar; me voy; pero acuérdate de lo que me has prometido.

— Sí, descuida; mañana tendrás aquí el regalo.

— ¿Y será hermoso? — interrogó Amparo, acariciando la barba rubia de Norberto.

— ¡Hermosísimo! Figúrate que el collar consta de cuarenta finísimas perlas y la sortija de tres brillantes.



En «la gallina» una caída encanta.  
¡La que cae en amor no se levanta!

(Prohibida la reproducción)



— ¡ Oh ! Cómo lo voy á lucir todo en la capital así que José permita que me ausente unos días.

Y en un transporte de entusiasmo, Amparo se colgó al cuello del marqués, á tiempo que la puerta del suntuoso gabinete se abría de par en par.

#### IV

Los adúlteros quedaron aterrados ; en el umbral permanecía inmóvil y dirigiendo terribles miradas á los delincuentes, la esposa de Norberto. Estaba pálida en extremo y como presa de una fuerte excitación nerviosa. No acertaba á hablar. Su esposo atrevióse á decir con apagado acento :

— ¿ Eres tú ?

— ¡ Miserables ! — exclamó en el colmo de la indignación la engañada señora, y dirigiéndose á Norberto : — No mereces más que desprecio y odio.

La marquesa hizo ademán de retirarse ; pero volvióse con rapidez hacia Amparo y se desató contra ella en insultos é improprios, abalanzándose en el paroxismo del dolor sobre la esposa infiel, para castigarla con sus propias manos ; pero se interpuso el marqués, que decía en voz baja :

— ¡ Acaba ya, Gabriela ! El escándalo es horrible.

No pudiendo Norberto separarlas á pesar de sus esfuerzos, valióse del más innoble recurso para conseguirlo : castigó á su esposa sacudiéndola una bofetada.

Gabriela entonces pareció volverse loca. Lloraba desesperadamente y daba rabiosos alaridos ; acudió José y ¡ nunca lo hiciera !, pues no tardó en enterarse de que Amparo era la concubina del marqués. Desesperado, se precipitó sobre su esposa y la sujetó violentamente por el cuello, con ánimo seguro de estrangularla.

— ¡ No ! ¡ Primero él ! — pensó, soltando á su víctima.

José asestó al marqués una terrible cuchillada, y tan breve fué la acción, que no hubo medio de impedirla. La marquesa apenas tuvo tiempo para gritar : « ¡ Asesino ! ¡ Asesino ! »

Se presentó la servidumbre, y Amparo, aprovechando la confusión, logró evadirse librándose de la saña de José ; que fué maniatado y sujeto.

El marqués casi no tuvo aliento para solicitar el perdón de su esposa.

Gabriela, exclamaba loca y dolorida :

— Yo te he matado, yo. Yo soy la causa, pobre Norberto mío.

#### V

Algunos días después en la casa de campo todo continuaba como de costumbre ; los criados iban y venían por ella y los labradores cuidaban aquella rica propiedad con el mismo interés.

Diciembre envolviendo con sus fríos toda aquella comarca, daba al paisaje un aspecto triste ; la lluvia pertinaz ponía los caminos intransitables, y raro era el leñador que se dejaba ver en los alrededores.

Únicamente allá en la terraza del famoso edificio, veíase á menudo á Gabriela, de riguroso luto ; dirigiendo su mirada triste y amorosa á un sitio donde descollaban una cruz y un gigantesco ciprés. En el cementerio de la aldea estaba el panteón de la noble familia de Monreal. Hacia él elevaba la infortunada marquesa sus oraciones, en tanto que la ventisca desencadenábase furiosamente en los jarales de aquellas montañas.

FRANCISCO COLLADO MARTÍ

---

## La costumbre

(FANTASÍA DE AÑO NUEVO)

Doble, morrocotuda. ¡ A ver por qué razón no he de confesarlo !

Yo oigo hablar todos los días á gente muy grave y sensata de sus borracheras ; tal día, en tal año, le llevaron á ese en coche á su casa y aquel tuvo necesidad de que le diesen á beber amoníaco en una botica. Y cuando lo dicen, nadie arruga el entrecejo, ni cree que aquel « paso á dos *de uno solo* » constituya delito ni falta.

¡ Y cuidado que falta sí es ! Falta de urbanidad, digan cuanto quieran los bebedores. Cuando se pierde el juicio y la sangre fría no hay educación posible.

Pero amigo, la costumbre hace que las traguemos como puños. La Academia (para mí que eso es cosa de los académicos malos) da la derecha á la costumbre, aunque ésta imponga los disparates más graciosos, y un Licurgo ha dicho que la costumbre es ley, y otro sabio que viene á ser la costumbre algo así como una segunda naturaleza.

Y así es claro, la costumbre de emborracharse es tal que dispensa á los ingleses, porque son gente del norte, hijos de las brumas y á los andaluces, porque son meridionales, hijos del sol.

Las mujeres son más discretas en este asunto, como en todos.

Ya sé que algunos cogen papalinas monstruosas, pero no ha de desmentirme aquí aquel precepto á lo Cheste: que toda regla tiene excepción. Las más no pasan de alegrarse, y es su alegría graciosa.

Figúrome, por tanto, que no necesito emplear mis razones para disculpa de aquel trance en que me ví la víspera de un año nuevo.

En Londres no hay quien no esté borracho á las tres de la tarde—añadía el del cuento.

La diferencia que llevamos en esto los españoles á los ingleses, es que no esperamos á las doce.

La costumbre nos lleva de inmemorial á tomar «las once».

Y otra ventaja tenemos; que así como los de la nebulosa Albión están aptos para sus negocios á la mañana siguiente, nosotros nunca.

\*\*\*

Bueno, pues yo bebí manzanilla á media tarde, y como ya el sol se me había metido en el cerebro, el delicioso zumo no tardó en trastear por aquellos desvanes, alborotando las células. ¡Qué de cosas absurdas, locas, disparatadas, pasaron por mi imaginación! ¡Y cómo se me encendió el alma y se me iluminó el espíritu! Para mí, que acababa de tocarme por tercera vez la lotería.

Salí de la tienda como colegial en día de vacaciones: dispuesto á todo, es decir, á las mayores empresas.

Y acometí la magna, la inconcebible empresa de convencer á Maruja, mi vecina, de que tenía que venirse á cenar conmigo.

¡Y oh Dioses! (Digo Dioses porque ya no distinguía la unidad en nada). ¡Aceptó!

Era Marujilla una muchacha de diez y siete años, muy mona y muy buena; hija única de un empleado de contribuciones. Pero ella, como sus padres, me creían á mí un santo, ó por lo menos hombre culto, honradísimo, leal.

Además diré que educaban á la niña á la inglesa. Y así no es extraño que la madre estuviera conforme con que me la llevara al fin del mundo, si tal era mi antojo.

Nos fuimos á la tienda de Montañés. La manzanilla me hizo mal de ojo.

Tomamos como aperitivo... otras rodajas de salchichón.

Después cenamos: anchoas, ostras, rábanos en conserva, aceitunas sevillanas... y todo con el correspondiente rocío.

Cuando llegó lo sólido, el asado, yo ya no hablaba bien: en lugar de decir á Maruja «tú serás mi esposa», como me costaba trabajo, llamábala «esposa» á secas. Y naturalmente, me empeñaba en abrazarla.

Ella se reía y me propinaba unos bofetones que tenían muy poco de amables y de dulces.

Pero ¡camará! que hacían tanto efecto como el vino.

Maruja acabó por levantarse, ponerse la mantilla y dejarme solo.

También yo quise levantarme, para que no se me escapara. ¡Oh misterios del alcohol! Me ocurrió entonces algo que no he podido explicarme nunca. Las piernas me flaquearon, no resistían ni un adarme, y mi cuerpo pesaba como plomo. Al mismo tiempo me encontré con la imaginación más lúcida que he tenido jamás.

¡Yo no estaba borracho! Pero mis piernas sí. ¿Fué castigo? Suplicio peor que el de Tántalo fué. Figúrense ustedes: la frente despejada, las ideas vivas como el azogue, la sangre ardiendo, saltando los nervios todos, y las piernas flojas, flojísimas. ¡No hubo más que conformarse con permanecer sentado como si me hubieran amarrado con fuertes ligaduras á la silla!

¡Y entonces... no fué actividad la del cerebro! Comenzaron á desfilan por la imaginación todos los hombres de todas las épocas, de todas las categorías, y todos... en posición estúpida, haciendo *eses*. Presentábanse delante de mí, como si fuera yo el juez, con las más absurdas pretensiones. Todos se quejaban, todos tenían razón, todos pretendían ser felices en cuanto comenzara á regir el año nuevo. ¡Y yo había de fallar aquel pleito horrible, monstruoso, antes de expirar el día treinta y uno!

Los de arriba daban la culpa á los de abajo; los de abajo á los de arriba. Estos decían: «que se conformen, que tengan religión». Y aquéllos: «les falta piedad, les falta religión». Y á coro: «quiero ser libre, quiero ser feliz».

Sí, eso es, pensaba yo, queriendo decidirme por el fallo: la dicha está en eso, en la libertad. Los que sepan ser libres serán dichosos.

En esto dieron las doce. Pam, pam, pam, pam, las doce. Reinó un silencio horrible. Yo seguí contando, pam, pam... ¡las doce!

¡Año nuevo! Volvió la sangre á circular normalmente por mis venas; pude levantarme. Rigió el cerebro libre del humo de la manzanilla. Me restregué los ojos y miré en mi

La Saeta

redor. En todas las mesas había borrachos durmiendo, y había chisteras por el suelo, y un revoltijo de guantes, de pañuelos, de abanicos, de mantillas y hasta de paraguas.

¿Qué orgía monstruosa se había desarrollado allí?

No sé: sólo recuerdo que viendo en la penumbra obscureciéndose toda aquella legión de sombras, murmuré alejándome:

— ¡Burros! No seréis dichosos nunca, porque no seréis libres jamás.

¡Sois todos los grandes parias de la *Costumbre*, que os tiene en vergonzosa esclavitud!

CLAUDIO UGENA.

---

J. CUCHY



La embriaguez

(Prohibida la reproducción)

## Anarquistilla

(CUENTO PARA EL DÍA DE REYES)

Bueno, sí, era un pillete; pero ¿qué le importaba al entrometido inquilino del piso principal, al atildado y peripuesto D. Facundo, que parecía un figurín recortado de un periódico de modas, qué le importaba cuánto pudiera hacer Juanillo? ¡Reconcho!... ¡Pues y poco cargado estaba ya el chico de las impertinencias del buen señor!...

No entraba ni salía de casa D. Facundo, sin que se detuviese ante el kiosco de esmerilados cristales de la portería, entreabriera la puerta y hablara con la madre de Juanillo, siempre haciendo variaciones sobre el mismo tema: «El chico es un tal y un cual». «Si no le corta usted las alas, el día menos pensado irá á la cárcel». «Es preciso que se le zurre la badana para que vaya por buen camino»...

¡Zurrarle á él! ¡A Juanillo!... ¡Vamos, hombre!... había de nacer nuevamente, don Facundo, para conseguirlo... Es decir, distingamos, distingamos. Pegarle lo que se llama de *veras*, D. Facundo no le pegó nunca. Jamás se dejó el chico poner la mano encima. Pero no podía decir otro tanto del pie, que en más de una ocasión se puso, no encima precisamente, sino en otra parte. Todo, porque D. Facundo le tomó inquina y le sabía mal que Juanillo fumara puntas de cigarro, y anduviese en cuadrilla con los muchachos del barrio, alborotando y haciendo diabluras...

Juanillo protestaba de la abrogación de facultades que D. Facundo se permitía... ¡Reconcho! ¡como pudiera devolverle todos los puntapiés y todos los tirones de orejas que había recibido, pobre D. Facundo! ¡Aviado iba á quedar!...

— El muchacho hará bueno á su padre, — dijo en cierta ocasión el caballero del principal hablando con la portera.

Aquellas palabras quedaron impresas, y bien impresas, con caracteres imborrables, en el alma de Juanillo... Sí, señor, ¡qué no lo olvidase D. Facundo; el chico haría bueno á su padre, y le vengaría ¡vaya si le vengaría! ¡Como que, si algo heredó de él, fué el odio hacia los burgueses!...

¿Qué no sabía Juanillo quiénes eran los burgueses? Los burgueses eran... vamos, los que se parecían á D. Facundo... y precisamente en aquella casa, todos los vecinos eran ó andaban muy cerca de ser burgueses... es decir, no; había una excepción, y excepción honrosa por cierto. La señá Dolores, la inquilina del sotabanco, no era burguesa ¿cómo había de serlo, una pobre mujer que pasaba noche y día trabaja que trabaja para poder dar á su hija un pedazo de pan? No era burguesa la señá Dolores, ni Marieta, su hija, tampoco. En cambio, podía considerarse como burguesa á la *señorita* Laura, la muchacha antipática y cargante, hija de D. Facundo, que de los doce meses del año pasaba once y medio tomando medicinas y quejándose de vicio.

¡Qué diferencia entre las dos niñas! Marieta comunicaba todos sus secretos á Juan, y muchos ratos pasábalos jugando en su compañía. En cambio, Laura, al pasar por delante de la garita de la portería, ni miraba siquiera, ó, si miraba, hacía lo desdeñosamente, para que Juanillo pensase la diferencia que existe entre una hija de D. Facundo, y el chiquillo de la portera.

Juanillo correspondía á aquellos desprecios, con otros parecidos, y así creíase suficientemente compensado.

— Es verdad lo que mi padre me dijo muchas veces; — pensaba Juan — esto cambiará, y lo de arriba vendrá abajo y lo de abajo irá arriba... Esto tiene que suceder un día ú otro. ¡Qué gusto, ver á D. Facundo y á Laurita morir de hambre en el sotabanco, y á la señá Dolores y su hija vivir en el piso principal, tener criados y cocinera, y llevar trajes de seda y sombreros con plumas y flores!

Juanillo daba como seguro que aquel cambio se verificaría; lo malo era que tardaba mucho, y entre tanto...

Entre tanto, la señorita tísica y enclenque del piso principal, tenía juguetes, caprichos, dulces, cuánto le daba la gana. Y la pobre Marieta había de contentarse con la muñeca de trapo, hecha por su madre.

¡Qué mal dispuestas están las cosas en el mundo!... Lo que es, como Juanillo llegara á ser Dios no más que cinco minutos, pobre D. Facundo y pobre Laurita...

Este deseo tenía lo Juan con mucha frecuencia, pero con más motivos que nunca, aquella mañana, fría y despacible, como de Enero, en que el chico, porque su madre



podiera dormir media hora más, habíase levantado á abrir la puerta de la calle, y esperaba tiritando y tras de los cristales del kiosco, la llegada de las burras de leche, que llevan la vida á domicilio á las personas ricas, como el padre de Laurita.

Era día de Reyes, y el chico hallábase preocupado y mohino. Su amiguilla, la hermosa Marieta, no tendría juguetes ; qué había de tener ! El chico recordaba las palabras de la señá Dolores, que la noche anterior se esforzaba por convencer á su hija asegurándole que los reyes no llegaban hasta las boardillas: — «¿Y por qué, mamá?» — «Hija mía, porque las boardillas no tienen balcón.» — «No importa; de todos modos, yo pondré el zapato bajo la chimenea por si acaso. ¿Qué sabes tú si vendrán ó no?» Esto dijo Marieta, y su madre no pudo reprimir el llanto, y salió del aposento para que la niña no lo advirtiera.

Aquellas lágrimas, Juan, conoció lo que significaban... El era *hombre* ya, y era hombre, porque estaba en el secreto de la cosa, y sabía que la venida de los reyes no es más que un engaño de los padres. Y sabiendo esto, y constándole como le constaba, que la señá Dolores iba á zarpa la greña con el hambre, nada de extraño tiene que pensara las razones que asistían á la pobre mujer, para asegurar que los regalos de reyes no llegan á las boardillas.

¡Qué triste despertar esperábale á Marieta, cuando viese vacío su zapato!... ¡Pobre Marieta!...

Las reflexiones del chico fueron interrumpidas por la llegada del burrero. Juan tomó la leche para Laura, en un jarro de cristal, que la cocinera dejaba en la portería al ir al mercado.

Después, como todos los días, subió á casa de D. Facundo, llevando el jarro con mucho cuidado para no verter la leche. Por la escalera se echó un trago morrocotudo. No sabía á mieles la leche sin azúcar, pero la cuestión era hacer daño á D. Facundo...

¡Santo cielo, lo que vió Juanillo en el comedor de D. Facundo!... Vió un bazar completo de juguetes, todo un escaparate de confitería en tiempo de pascua. Allí cajas de soldados de plomo con generales y oficiales de cara pálida y ojos que parecían haberlos

hecho con la punta de un alfiler; allí, casas de campo, con garridas zagalas y corderos de palo, pinos inverosímiles, y un cercado de astillas endebles; allí una batería de cocina para muñecas; allí pelotas de goma, juegos de bolos, confites, bombones, dulces... cuanto puede constituir el deseo de una niña ambiciosa y mal criada.

Pero, lo que más llamó la atención de Juanillo, fué una muñeca de negros y brillantes ojos, rubias guedejas que caían en caprichosos bucles sobre sus espaldas, mofletudos carrillos de sonrosada cera, y bracillos toscamente labrados, que tenían articulaciones, como si la muñeca fuera propiamente de carne y hueso...

¡Reconcho, qué preciosidad!... ¡Qué hueca se pondría Marieta siendo poseedora de un juguete semejante!

Juanillo, era muchacho decidido; pensar que aquella muñeca serviría de excelente regalo á la hija de

la señá Dolores, mirar en torno suyo para aprovechar ocasión en que nadie le viera, y coger la muñeca, ocultándola bajo la blusa, pringosa y deteriorada de pillete, fué todo uno...

Al volver al cuchitril de la portería, el corazón de Juanillo latía aceleradamente, y allá, en su interior, escuchaba algo así como remordimiento, cual si una voz misteriosa le afeara su conducta, llamándole ladronzuelo... Se tranquilizó pronto. Había sido por Marieta. Bien hecho estaba.

Poco después, llegó la panadera.

— Anda, Juanillo; ¿quieres tú subir el pan á la boardilla de la señá Dolores? Ya sé que no ha de pagármelo. Me evitas un viaje y te lo agradeceré.

Aceptó de buen grado, puesto que aquello le daba ocasión para llevar á cabo su propósito.

La señá Dolores estaba levantada. Quizás no se había acostado en toda la noche. La palidez de su rostro delataba un intenso sufrimiento. El chico entró en la boardilla.

— ¡Ah! ¿Eres tú, Juanillo? ¿Vienes á subirme el pan?... ¡Dios te lo pague, hijo mío!...

En esto, despertó Marieta, que afanosa llamó á su madre, deseando que la vistiera á escape para enterarse de la magnanimidad de los señores magos. Dolores acudió solícita, y á poco, Juanillo oyó la voz triste y quejumbrosa de la niña que exclamaba:—



« ¡ Nada !... ¿ No me han dejado nada ? » — « ¿ No te dije que los reyes no se acuerdan de los niños de las boardillas ? » — « ¿ Y de Laurita, se habrán acordado ? » — « Laurita vive en el piso principal »...

Juanillo no pudo contenerse más tiempo, é interrumpió el diálogo, diciendo:

— Tu mamá te engaña, Marieta; ¡ levántate y verás, como sí te han dejado un regalo los reyes !...

Colocó la hermosa muñeca junto al descosido zapato de la niña, y antes de que la señá Dolores pudiera descubrir su hazaña, salió de la boardilla bajando las escaleras más deprisa que corriendo.

Al pasar por la puerta del piso de D. Facundo, Juanillo, pensando en los puntapiés que iba á costarle su travesura, llevóse instintivamente las manos á las posaderas, como si estuvieran doliéndole ya, apresuró el paso, y dijo entre dientes:

— Me costará una paliza, bueno; pero la señá Dolores verá como se ha engañado, y que los reyes se acuerdan de los niños de las boardillas...



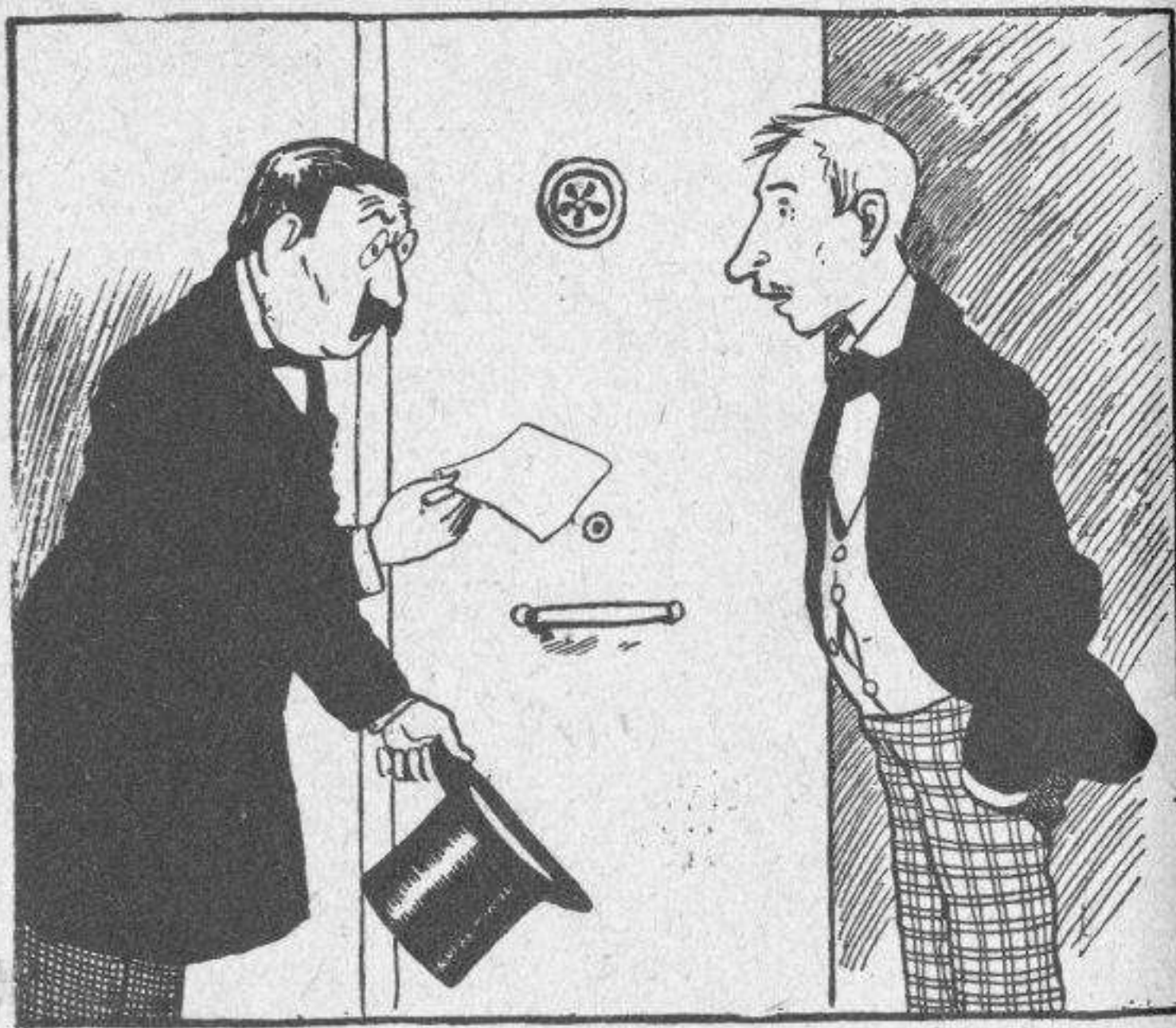
JULIÁN PÉREZ CARRASCO.

(Ilustraciones de Badia)





Durante el presente año ocurrirán muchas cosas, y la más gorda, que LA SAETA no para su tiraje hasta el millón.



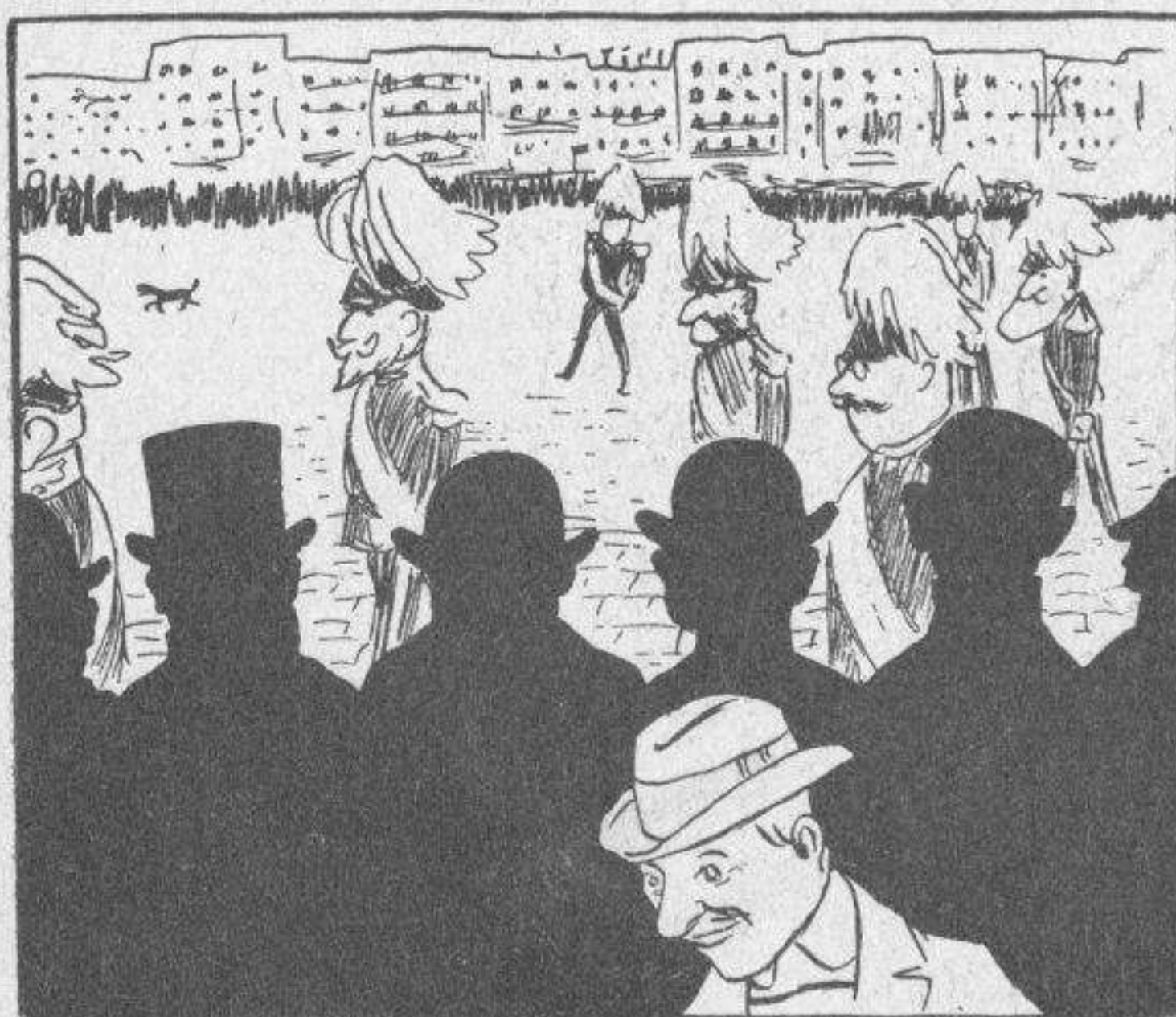
Los ingleses no perderán en el año nuevo las malas costumbres del viejo: ¡querrán cobrar!



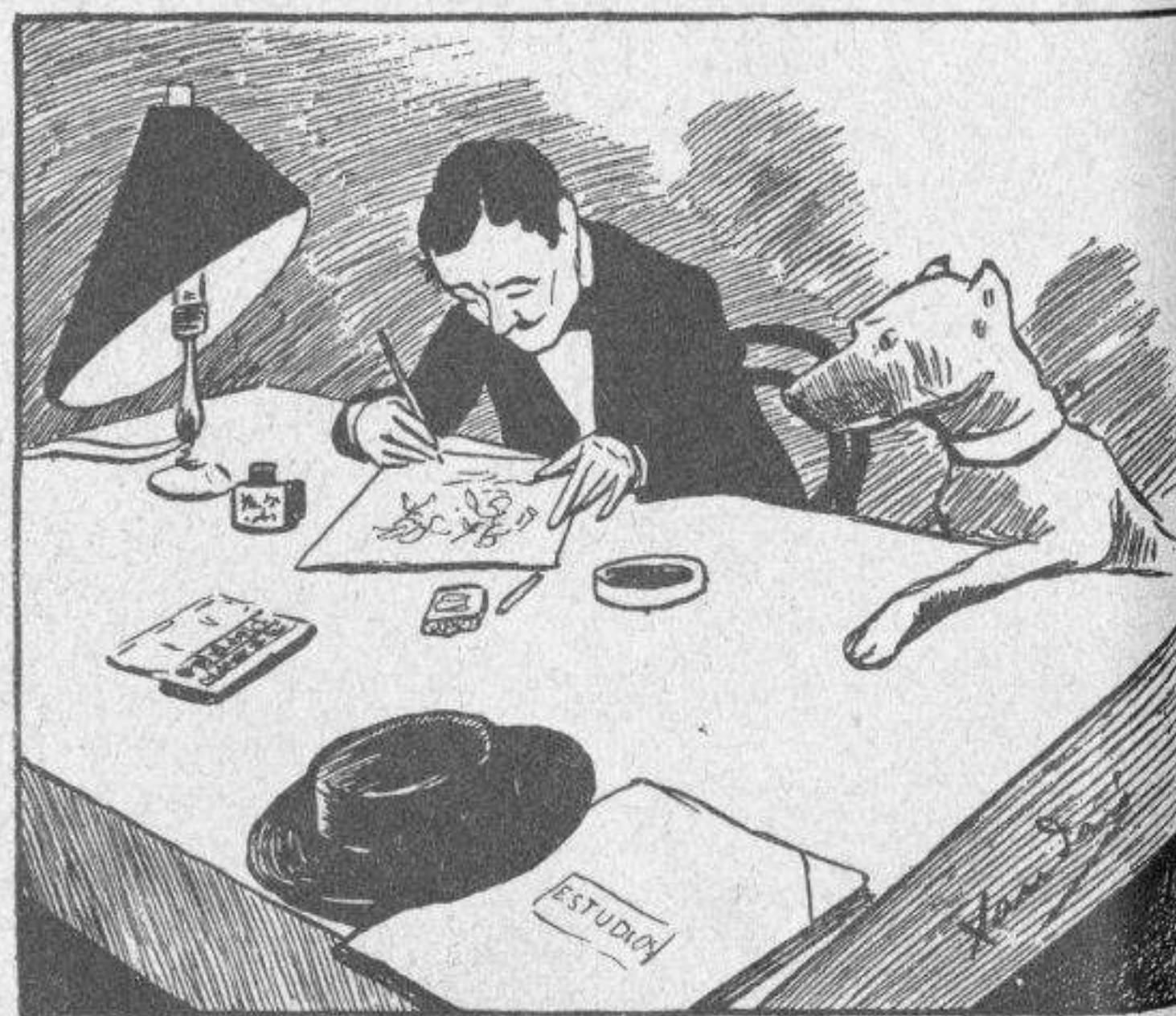
Los cocheros seguirán insultando al prójimo, si el prójimo no quiere pagar más de lo señalado en las tarifas municipales.



Las suegras... (no hay modo de suprimirlas) serán tan suegras como hasta aquí.



No acabarán los cambios y recambios de generales en colonias.



Y yo seguiré haciendo monos, si Dios y el Director de este periódico quieren.

## MISCELANEA

Claro es, que no debiera decir nada de este número.

Ahí está, mírenlo ustedes. Mírenlo detenidamente. Y además léanlo. Les recomiendo la lectura.

No crean que con el objeto de que aplaudan ni buscando elogios (que agradeceré si me los prodigan), sino para que se animen á buscar los números sucesivos.

Este es extraordinario, pero no vayan mis amables lectores á creer que nos hemos prodigado, nó; tenemos mucho en cartera, como tienen los ministros que entienden el cotarro; y lo que guardamos, que en texto y en ilustraciones es cosa de gusto, irá saliendo con método, es decir, gradualmente, para que el público siga honrándonos con su deferencia.

Ni en un número pueden desenvolverse (estilo Concha Castañeda, de feliz recordación) todas las iniciativas, ni fuera justo que á él limitásemos las ilusiones y esperanzas de que LA SAETA ocupe artística y literariamente el lugar que le corresponde, conforme dicen en tales casos los chicos de la prensa.

Es mucho lo que nos queda por hacer, mucho. No respondemos, naturalmente, de nuestras fuerzas, pero sí, de nuestra voluntad y de nuestro agradecimiento á los lectores.

Creemos que un periódico de nuestra índole *debe*, y es seguro que *puede*, por el concurso de artistas que valen, dibujantes y escritores, cumplir debidamente con las exigencias que el público reclama. Nosotros, aunque pequemos de inmodestos, no titubeamos en asegurar que LA SAETA, dentro de poco podrá competir con los periódicos modernos que merecen el creciente favor del público.

¡Al tiempo!



Manolito acaba de obtener el título de abogado.

— La sociedad está de enhorabuena — le dice un amigo.

— ¿Por qué?

— Porque desde hoy «odiará el delito y compadecerá al delincuente».



(Prohibida la reproducción)

¿Les ha gustado á ustedes? Pues aguarden el número próximo





# LA SAETA



20 cénts.

Núm. 373

# CASA EDITORIAL MAUCCI - Consejo Ciento, 296 - Barcelona

Extracto del Catálogo de esta Casa Editorial en Enero de 1898

## COLECCIÓN DE AUTORES ILUSTRES

4 reales el tomo en rústica con cubierta al cromo

<i>Amicis.</i> — España . . . . .	1 tomo
<i>Lamartine.</i> — Rafael-Graziella . . . . .	1 »
» El manuscrito de mi madre . . . . .	1 »
<i>Zola.</i> — Teresa Raquin . . . . .	1 »
<i>Chateaubriand.</i> — Atala-René . . . . .	} 1 »
» El último Abencerrage . . . . .	
» Viaje al Montblanch . . . . .	
<i>Hugo Conway.</i> — ¡Misterio! . . . . .	1 »
» » ¡Sin madre! . . . . .	1 »
» » Un secreto de familia . . . . .	1 »
<i>Tolstoy.</i> — La Sonata á Kreuzer . . . . .	} 1 »
» El matrimonio . . . . .	
<i>V. Hugo.</i> — Los trabajadores del mar . . . . .	2 »
» Ntra. Sra. de París. <small>(Ilustraciones de Passos)</small> . . . . .	2 »
» El hombre que ríe . . . . .	2 »
» Noventa y tres . . . . .	2 »
<i>E. Renan.</i> — Vida de Jesús . . . . .	1 »
<i>Carlota Braeme.</i> — Dora . . . . .	1 »
<i>Alfonso Daudet.</i> — Fromont y Risler . . . . .	1 »
» Tartarin de Tarascon . . . . .	1 »
<i>Jorge Isaacs.</i> — María . . . . .	1 »
<i>E. Goncourt.</i> — Sor Filomena . . . . .	1 »
<i>P. du Terrail.</i> — El herrero del convento . . . . .	2 »
» Los amores de Aurora . . . . .	2 »
» La Justicia de los gitanos . . . . .	2 »
» Las máscaras rojas . . . . .	1 »
» Clara de Azay . . . . .	1 »
» Los dramas de París . . . . .	5 »
» Hazañas de Rocamboles . . . . .	4 »
» El Manuscrito del Dominó . . . . .	4 »
» La Resurrección de Rocamboles . . . . .	5 »

<i>P. du Terrail.</i> — La última palabra de Rocamboles . . . . .	7 tomos
» » Las miserias de Londres . . . . .	5 »
» » Demoliciones de París . . . . .	2 »
» » La cuerda del ahorcado . . . . .	2 »

## NOVELAS POPULARES

ilustradas con fotograbados y cromos tipográficos al precio de dos reales cada uno

1 Dama de las Camelias	21 Genoveva de Brabante
2 Manon Lescaut	22 El Trovador.
3 Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.	23 El Barbero de Sevilla
4 Gustavo el Calavera.	24 Hernani.
5 La Bella Normanda.	25 El Rigoletto.
6 El libro de los Enamorados y el Secretario de los Amantes	26 Lucrecia Borgia
7 Juegos de manos y de sociedad.	27 Falstaff.
8 Las Trece Noches de Juanita.	28 Aida.
9 Los Besos Malditos.	29 María Magdalena.
10 Bocaccio.	30 Historia de un Piloto
11 Doña Juanita.	31 Historia de Manuel García (el rey de los campos).
12 Amantes de Teruel.	32 Narraciones Americanas.
13 Pablo y Virginia.	33 Narraciones Catalanas (en castellano).
14 Don Juan Tenorio.	34 Novelas Griegas, id.
15 Canciones Españolas	35 Novelas Italianas, id.
16 Carmen.	36 Amor de Madre.
17 Julieta y Romeo.	37 Abelardo y Eloisa.
18 Otello el moro de Venecia.	38 Dolores ó la moza de Calatayud.
19 El emisario, (Novela Cubana).	39 Un Casamiento misterioso
20 Mesalina.	40 La Flor de un día.
	41 Las Espinas de la flor.

**Los Miserables**, por *Victor Hugo*. — Espléndida edición: 2 tomos 4.º prolongado con preciosos cromos. Encuadernado en rústica 40 reales, en tela plancha dorada 60 reales.

**El Conde de Montecristo**. — Igual tamaño, volumen y precio que «Los Miserables».

**Lourdes**, por *Emilio Zola*. — 2 tomos rústica 16 reales.

**Roma**, por *Emilio Zola*. — 2 tomos rústica 16 reales.

**París**. — Se pondrá en venta el 31 de Enero corriente: 2 tomos con 16 láminas, 16 reales.

**Don Quijote de la Mancha**, por *Miguel de Cervantes Saavedra*. — 1 tomo de 656 páginas, ilustrado con fotograbados. En rústica 12 reales, en tela 20 reales.

**Las mil y una noches**. — 1 tomo en rústica 10 reales, en tela 15 reales.

**El cocinero universal**. — Más de 600 fórmulas. 1 tomo cartoné 4 reales.

**La Magia negra**. — 1 tomo cartoné 4 reales

**Medicina de las familias y plantas medicinales**, por *D. Pio Arias Carvajal*, de la Facultad de Medicina. — 1 tomo en rústica 8 reales.

**Crónica de las guerras de Cuba y de Filipinas**. — Grandiosa edición que forma 5 tomos con más de 4,000 grabados representando vistas, planos, combates, retratos, historia documentada de nuestras guerras coloniales. Los 5 tomos encuadernados en rústica y cubierta al cromo, 80 reales; tela y plancha alegórica en oro y colores, 120 reales.

**Mapa ilustrado del Archipiélago Filipino**. — Tamaño 72 X 56. Cada 25 ejemplares 30 reales.

**Novísimo Secretario Universal ó Manual Epistolar**. — Miscelánea completa de documentos y correspondencia. 1 tomo en rústica 4 reales.

Dirigir los pedidos acompañados de su importe en libranzas de Giro mutuo ó sellos de correo de España, á la Casa Editorial MAUCCI. — Consejo de Ciento, número 296. — Barcelona